

OSCAR ROMERO, SANTO Y COMPAÑERO NUESTRO

*Por Waldo Fernández
Área de Educación para el Desarrollo de Manos Unidas*

Día de gloria, de, de gozo, de emoción... Ya lo había canonizado la gente, pero ahora lo hace la oficialmente la Iglesia.

Hace 38 años, la noticia corrió como pólvora. “¡Han matado a Monseñor...!”. La noticia era gritada por las calles y los caminos de Centroamérica, en los barrios y las aldeas, en las tiendas y las gasolineras... Nadie especificaba y nadie preguntaba más, porque “Monseñor” sólo había uno. Tampoco nadie preguntaba quién fue, ni por qué...

Oscar Arnulfo Romero Barrios era una buena persona, y conservadora. El Salvador vivía uno de los periodos más convulsos de su historia. Frente a la opresión oligárquica, había un auge de los movimientos revolucionarios, que buscaban arrebatar el poder a la oligarquía y establecer un sistema social y económico más justo. La represión militar arreciaba y se sucedían los golpes de estado, para que todo siguiera igual.

En 1977 la diplomacia vaticana creyó acertar al colocar en el Arzobispado a aquel eclesiástico conservador y un poco ingenuo. Tenía 60 años. Quizá – pensaron- fuera el hombre adecuado para entenderse con las autoridades, en aquel contexto de extrema tensión social.

En gobierno militar, plagado de asesinos, apoyados por la gran oligarquía de 14 familias y la administración estadounidense, se empeñaba en desoír las justas demandas de la gente, y eliminaba a los disidentes, fueran éstos dirigentes populares, políticos de oposición, sindicalistas, catequistas...

Romero empezó a caminar. Como era bueno, pudo abrir los ojos a la realidad, el oído a los consejos, y la mente a la comprensión. Escuchaba a sacerdotes y campesinos, a trabajadores y hombres de negocios... Fue descubriendo cómo sufría la gente por la represión y la pobreza. La gente sencilla le visitaba para contarle que su hijo había sido secuestrado, que su marido había aparecido asesinado, que los militares habían violado y torturado a su hija...

Descubrió que la paz sería imposible mientras persistiera el lujo y despilfarro en unos pocos y el hambre y la miseria de la mayoría. La neutralidad era imposible. Había que estar claramente a favor de la vida, donde está Dios.

Cada domingo, desde la catedral, su palabra se hacía pasión y fuego, consuelo y orientación, condena y esperanza, llamada a la justicia y a la reconciliación... Millones de salvadoreños y centroamericanos se congregaban cada domingo en torno a su aparato de radio, para recibir aquella luz que alumbraba sus caminos.

A principios de 1980 Romero escribió al entonces presidente Carter, diciéndole que la ayuda norteamericana a su país sólo servía para aumentar la represión. Carter pidió al Vaticano que llamara al orden al Arzobispo.

El 23 de marzo, en su homilía en la catedral, se dirigió así a los militares: “En nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión...!”. Los dueños del dinero, de la política y de las armas ya no soportaron más. Al caer la calurosa tarde del 24, cuando celebraba la Eucaristía como todos los días en la capilla del “Hospitalito” (para enfermos terminales de cáncer), las balas lo abatieron. En aquel momento todos en Centroamérica nos sentimos un poco huérfanos. Había caído el último gran profeta de los pobres.

Pero la cosa no acabó ahí. “Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”, había dicho. Dios lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre en El Salvador. El pueblo salvadoreño y latinoamericano lo hizo su santo; un santo cercano, amigo, compartidor y compañero de camino.

Romero sufrió en su vida los ataques del poder y con frecuencia la incomprensión de sectores importantes dentro de la misma Iglesia. Algunos en el Vaticano pensaron en destituirlo o anularlo, nombrando un obispo coadjutor con plenos poderes. Los propios obispos salvadoreños lo criticaban (sólo uno, Rivera y Damas, estuvo en su funeral...). ¿No le pasó algo de esto a Jesús de Nazaret?

Ahora, después de 38 años de resistencias, la Iglesia lo canoniza. Y esa canonización oficial llega después de la canonización popular. La gente vio en él un creyente lleno de sencillez, de compasión, de verdad, de compromiso. Y enseguida lo asumió como profeta, pastor y mártir. Había amado a su pueblo y había hecho presente la ternura de Dios en este mundo. Por eso lo querían, lo lloraron como se llora a un padre y hoy le siguen queriendo.

No faltan quienes pretenden canonizar a un Romero bueno, piadoso, sacerdotal..., descafeinado. Pero no es legítimo olvidar que se encarnó en una realidad de conflicto y de muerte; que optó por pobres, que se compadeció de ellos y los defendió con el fuego del profeta.

La canonización de Monseñor es una gran alegría para todo el pueblo; para quienes reconocemos en él una buena persona y un testigo de Jesús y de la justicia; para quienes aceptamos la ejemplaridad de su compromiso frente a los poderosos de este mundo; y para quienes lo consideramos nuestro compañero de camino.